

Libertad

“LA LIBERTAD SE HA HECHO CONSERVADORA...”, (Maura)

Año II

Redacción: Juventud Conservadora

Administración: Azafranal, 40

Salamanca 27 Junio de 1914

Salamanca, trimestre... 1,00 peseta.

España, ídem... 1,00 —

Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 70

FINAL DEL DEBATE POLÍTICO

MAURA Y EL GOBIERNO FRENTE A FRENTE

Discurso de D. Antonio Maura pronunciado en la sesión del Congreso del día 18

El señor MAURA Y MONTANER: Si tuviese que recoger ahora todas las alusiones que se me han dirigido en la discusión, renovarí el debate por entero, y doy por averiguado que ninguno de los oradores que han intervenido en él, a cada uno de los cuales debo tanta gratitud, y aquí la proclamo, llevará a mal que no me detenga a dar una respuesta analítica a todo cuanto ha sido controversia conmigo o referencia a mí; ocasiones habrá en que algunos de los temas en que no estamos conformes vuelvan a discutirse, y ahora no se tomará por descortesía que me limite a contados puntos culminantes del debate, en los cuales me interesa el esclarecimiento. Esclarecimiento no más, porque lo que yo tenía que decir lo dije en mi discurso, que no fué discurso de polémica. Yo no entable polémica con nadie; no la entable entonces, y mucho menos hoy. Tenía que dar testimonio, y mi testimonio era supuesto del debate; ahí está la explicación de por qué madrugué tanto para pronunciar mi discurso, aunque por adelantarme fuí reprochado. En el discurso a que aludo fijé mi situación en la política; me ratifico en cuanto dije, y no tengo que añadir ni variar nada. Sin embargo, en el debate se han atravesado dos o tres asuntos, de los cuales creo conveniente ocuparme ahora.

La solidaridad entre los Partidos de Gobierno.

El señor conde de Romanones, en dos lugares de su peroración obtuvo una calurosa muestra de conformidad de su partido; voy a ocuparme de estos dos solos puntos. Recogiendo una idea, que ya he oído más de una vez, aun antes de que S. S. fuese jefe del partido liberal, dijo que cuanto sucede en la política proviene de querer yo que exista un partido liberal a mi gusto, y de que pretendo nada menos que forjar

un partido liberal nuevo. Esta especie tuvo buena acogida en sus correligionarios, cosa que no me extraña, porque el aplauso es la forma natural de adhesión a una idea o a una crítica. Pero lo que yo hago es sacar las consecuencias de la distinta manera que tenemos de entender la solidaridad entre los partidos de gobierno. Lo que vengo haciendo desde Enero de 1913 acá (y aun hacia antes) es sacar las consecuencias de esa discrepancia, que yo juzgo una novedad en las relaciones entre los partidos.

Si examináis los hechos veréis que esto está en todos mis discursos y que es un error cualquier otra interpretación, que sería de mi parte una necedad, y además una torpeza: porque, ¿qué había de conseguir?

El segundo instante en que el señor conde de Romanones obtuvo fervientes aplausos de sus amigos y por esto me parece tema digno de ser entresacado, fué aquel en que también renovando un argumento ya vertido, decía: «Pero si yo fuí derrotado por la suma (coalición la llamaba hoy el Sr. Urzáiz), por la suma de los votos de los conservadores y de los que en el Senado me eran hostiles, ¿qué razón tenía el partido conservador para no tomar el Poder? ¿Cuándo se ha visto eso? ¿Qué enormidad es esa de votar en contra y no querer el Poder?» Tíe el argumento al parecer, mucha aceptación, y conviene analizarlo.

Confunden el señor conde de Romanones y todos los que le han aplaudido, dos cosas tan esencialmente diferentes en este régimen, como una campaña o acto de agresión de una minoría al Gobierno, y la asistencia de una minoría a un acto de confianza que provoca el Gobierno mismo. El Gobierno pide, por su iniciativa, un voto que declare que en él se tiene ilimitada confianza para una política. Pues

la oposición conservadora, siendo su señoría el que lo pedía, lo mismo daba que votara o que se abstuviera, porque desde antes de pensar su señoría en el intento, ya había votado. No sería lo mismo si se hubiese tratado de un acto de oposición, de un empuje para expugnar, para derribar a su señoría, partiendo de aquella minoría conservadora. Esto no quiere decir que yo no respete, que yo no alabe la decisión de su señoría; pero, cualquiera que ella fuese, al quedar con menor número de votos, estaba obligado a dimitir. Ni yo examino, ni yo pregunto ahora; no examino, porque en otra ocasión ya examiné, y lo examinaré quizá más veces, la ocasión que eligió su señoría para provocar un voto de confianza; cada Gobierno, en todo momento, estima si lo necesita o no, y cree oportuno dar ese paso. Lo que yo he sostenido y sostengo es que eso no prejuzgaba, que eso no resolvía, que eso no implicaba la obligación del partido conservador de suceder a su señoría; y de esto es de lo que se trata.

A mí me parece que no será mal camino acudir al arsenal del Derecho constitucional inglés, que esta tarde el Sr. Urzáiz ha casi saqueado. (Risas.) No lo tomará a mal su señoría tratándose de prácticas parlamentarias, de doctrinas parlamentarias; más convincente que todo razonamiento resulta un acto, cuando el acto es calificado y corresponde en su significación al tema que se debate. Pues el Sr. Urzáiz no ha mencionado hoy, aunque ha mencionado cosas a las que yo aludí sin citarlas en mi discurso, otro episodio que a mí me parece venir como anillo al dedo para contestar al señor conde de Romanones, para cuando haga otra edición de esos libros que ayer examinaba el Sr. Vázquez de Mella.

Un ejemplo histórico

El año 1873, Gladstone, que ha-

bía ya quebrantado la unidad del partido liberal adhiriéndose a las reivindicaciones autonómicas de Irlanda, se proponía obtener la votación de un bill sobre una Universidad irlandesa que desagradaba a católicos y protestantes, y de ese modo vino a quedar con una minoría de tres votos. Y dimitió, y dijo que entregaran el Poder al que le había derrotado, a Disraeli. ¿Y qué hizo Disraeli? Pues decirle a S. M. la Reina: «No; la sucesión del partido liberal no la designa Gladstone; la designaré yo que le tengo derrotado, y entrará en su integridad la política conservadora, y no por un accidente.» Y tuvo que tomar el Poder Glasdton, ¡y era Glasdton! (Risas.)

Tuvo que tomar otra vez el Poder y no recuperó la mayoría, e hizo unas elecciones generales, y vencido en las elecciones generales por aquel mismo que había rechazado el Poder, sólo entonces le sucedió Disraeli. Y había votado Disraeli contra el Gobierno; y aquellos tres votos y muchos más eran conservadores.

Por cierto, ya que hablamos de esto, un minuto no será perdido para decir que a los seis años, cuando caía el Gobierno Disraeli, habiendo estado Gladstone aquella temporada ausente de la política escribiendo sobre grandes cosas, y habiendo vuelto a asomar a la política antes de la caída del Gobierno conservador, al sobrevenir la crisis confió la Reina el Poder a Lord Hartington, y Hartington dijo que la política liberal la dirigía Gladstone, y rechazó el Poder, y la Reina llamó entonces a Lord Granville, y Granville dijo que la política liberal en el Gobierno la dirigía Gladstone, y entonces la Reina llamó a Gladstone, y Gladstone se encargó del Poder. Eso fué en 1880.

De modo que no es cosa tan corriente y tan sencilla sacar del hecho de haber votado conservadores, en un voto de confianza pedido por el Gobierno, juntamente con los que en el partido liberal no daban la confianza al ministerio, la consecuencia de que no teníamos el derecho de examinar cómo y cuándo había de entrar el partido conservador, que es de lo que se trataba, y no de que nunca sucediese al partido liberal el partido conservador.

Enero de 1913 y octubre de 1913

El señor presidente del Consejo de ministros, cuando tuvo la bondad de contestarme, dijo una cosa que ha tenido mucha aceptación y que le da las apariencias de un argumento muy poderoso y, por eso lo voy a examinar. Porque dice el señor presidente del Consejo de ministros: «Pero, ¿cómo se entiende esto? ¿De modo que el señor Maura, en Enero de 1913, creía que era llegado el momento, la hora, de venir los conservadores, y no lo creía en Octubre, más tarde?» ¿Cómo se entiende esto? Vamos a ver si lo entendemos todos.

¿Todos? He dicho una temeridad. Todos no lo vamos a entender, porque no van a poder entender lo que

yo entiendo aquellas gentes que hay en la política desde los Pirineos hasta el mar, para quienes los partidos de Gobierno son organismos destinados a sucederse en la dominación y a establecer alternadamente la dominación de sus amigos, y es claro que a los ocho meses hace más tiempo que los unos usufructúan el Poder y más tiempo que suspiran y que miran a la luna los otros, y, entendidas las cosas así, es evidente que el argumento tenía asegurado el éxito, porque había una porción de gentes convencidas de antemano. Mas para quien cree que los partidos existen para servir a la nación y toman el Gobierno para hacer algo que sea conforme con su significación política, para éstos las circunstancias en que toman el Gobierno tienen una importancia capital, porque de esas circunstancias depende que puedan o no realizar la obra y que puedan mantener o deslustrar, o acaso suprimir, o quizás deshonrar su significación.

Y yo en el discurso de este debate último, claro es que sin pretender que todo el mundo opinara lo mismo, expliqué debidamente por qué entendía yo que en Octubre, en aquella sazón, no era el instante, no era la oportunidad para que sucediese el partido conservador al partido liberal, aunque no dejé de añadir que no creía yo que estuviese cronológicamente lejana la fecha en que tal sustitución fuera conveniente. Pero el señor presidente del Consejo de ministros dice: «¿Qué explicación tiene la diferencia? ¿Marruecos?» Pues qué, ¿no existía el asunto de Marruecos? (El «asunto» dijo una vez, y la «cuestión» de Marruecos dijo otra vez.) ¡Ah! Marruecos existía hace mucho tiempo, y la cuestión de Marruecos para España también; pero cuando el señor presidente del Consejo de ministros tiene que razonar así, «a priori» ya sabemos que anda mal de razones. Pues qué, ¿se puede comparar la situación de Enero de 1913 con la de Octubre? En Enero se estaba ratificando el Tratado y no se había iniciado el protectorado; no se había planteado una política cuyo desenvolvimiento había de quedar para muchos Gobiernos sucesivos, y el debate que hemos sostenido aquí durante quince días excusa ampliaciones, porque todo eso lo hemos discutido.

Y todo eso estaba en Enero intacto, mientras que en Octubre estábamos en Lauzén y en Tetuán. Aquella región de Tetuán cuya situación de entonces conocen todos los españoles y está descrita varias veces en el «Diario de Sesiones», en Octubre era ya el Tetuán de ahora, porque no ha variado mucho el aspecto, y todo eso se había consumado a espaldas de las Cortes, sin discusión alguna, sin explicación alguna, sin manifestación del sentir de las fuerzas parlamentarias acerca de una política en la cual habrían de perseverar otros Gobiernos, y en la tiniebla de aquella ausencia del Parlamento se había de verificar, y se ha verificado, el traspaso del Poder. Y ahí está la experiencia, al menos de lo que yo creo experiencia, de que

hablé bastante en mis dos últimos discursos.

Pero había otra cosa que considero muy importante. ¿Cuál era la situación del partido liberal en Enero, cuando yo estaba dispuesto a tomar el Poder, porque creí llegada la ocasión de tomarlo? Era a los dos meses de la tragedia de la Puerta del Sol, y estaba el partido liberal en una crisis (por tan lamentable causa) notoria, natural, gravísima.

Cómo se consolidan las jefaturas

El señor conde de Romanones está convencido de que donde se forman los partidos y toman cuerpo es en el Poder, por las razones que aquí se han dado con palabras de su señoría. Yo respeto esa opinión; no la comparto. Yo creo que los partidos en los cuales se quiere establecer una jefatura, en primer lugar corren peligro de constituirse mal (no digo esta vez se haya constituido bien ni mal), por la razón misma de mezclarse en la cristalización de sus elementos una cosa extraña al peso específico y a la ley de afinidad: porque, al cabo crea su señoría, y crea la Cámara, que si el que logra establecer una jefatura, porque tiene el Gobierno, merece la jefatura, la sostendrá y mantendrá, y si no la merece, durará la perturbación lo que dura la agitación de líquidos de distintas densidades; un poco de reposo pone los átomos en su lugar. (Rumores.) Esto han sido siempre los hombres y las colectividades humanas, y no podrían sustraerse a esta ley los partidos.

Pero aunque fuese otra cosa y el buen éxito verdadero, yo digo que para obrar así hay que tener un concepto diverso del que tengo yo, de los deberes del gobernante; porque eso significa poner la causa pública, cada una de las resoluciones en que se ha de servir a la causa pública, a la conveniencia nacional (no diré la justicia, porque esa supongo que estará siempre a salvo, en la intención por lo menos) al servicio de la labor interna de un partido, que después de constituido no es sino una herramienta para servir a la Patria.

Es decir, que se invierten los términos, que se entrega el Poder a un partido desorganizado, aunque sea por una desgracia, que necesita reconstituirse y se subordina el interés público al interés interno del partido, y yo creo que un partido en ese caso no puede y no debe gobernar. (Rumores.)

Yo creo que basta la indicación en estos dos temas, para que no conserve eficacia el argumento del señor presidente del Consejo de que en Octubre era más tarde que en Enero, y que no se explica que yo en Octubre considerase inoportuno lo que en Enero creía conveniente, porque las circunstancias y la oportunidad son de un valor esencial para tomar el Gobierno y ejercerlo con provecho de la Patria, y si se ha perdido una oportunidad hay que esperar otra, y no de cualquier modo y en circunstancias cualesquiera tomar sobre sí las responsabilidades

enormes que significa formar un Gobierno.

Los ramos de flores.

El debate generalizado ha sido ocasión para muchas manifestaciones lisonjeras, inmerecidas de mi parte, de muchos oradores, en lo cual yo deseo que el Sr. Urzáiz considere que yo no tengo parte, y que me perdone S. S. el haberlas oído, que era lo único que yo podía evitar. Se encaraba S. S. conmigo y me daba su señoría unos cánones, que yo no olvidaré, sobre el uso de la lisonja, para no acordarme de ella; y quiero llamar la atención sobre que yo no tengo la culpa de que hubiese muchos antecedentes que pesaban sobre el debate, y que la bondad, la caballerosidad, y la generosidad hayan compensado en esta ocasión otros juicios que yo he oído otras veces, poco agradables para mí, y que, sin embargo, escuché sin protesta.

Porque ya por eso he dado las gracias, y sinceramente las guardo en el corazón. Lo demás era el examen de mi significación en la política, de lo que yo represento, no de mi persona, y eso si que lo tengo que poner muy claro, hasta donde yo sepa, sin extrañarme de que cada cual, hablando desde sus diversos observatorios, haya apreciado de diferente modo la realidad de las cosas.

La conducta de Maura en el Poder.

El Sr. Pedregal y el Sr. Azcárate, que aunque hablaron en diversos días, hablaban en nombre de una misma colectividad, y además, hubo gran coincidencia en sus opiniones, estuvieron empeñados en que yo significo en la política española dar la batalla a la revolución. Sus señorías necesitan para tema de sus expansiones y manifestaciones políticas que yo sea la encarnación de esa cursilería de dar la batalla a la revolución, y cuando lo afirmaba el señor Pedregal, le estaba yo hostigando para que leyera el texto, y no lo halló, ¿qué lo había de hallar! El señor Azcárate se vió reducido, cuando habló, a decir que, oponiéndome yo a que prevalezca la revolución, eso es dar la batalla a la revolución. Con sinónimos semejantes saldrán sus señorías de muchos apuros. (El señor Azcárate pronuncia palabras que no se perciben) Eso es lo que yo oí, si lo oí mal, perdone su señoría, porque no tengo interés ninguno en tergiversar sus palabras.

Pero sin duda S. S. no ha citado textos míos en que yo hablase de dar la batalla a la revolución, porque no los hay. No había textos; pero si los hubiese no valdrían, porque una frase no puede prevalecer sobre una conducta de años enteros. Pues qué, ¿no he estado yo gobernando? ¿Es que he gobernado dando la batalla a la revolución? No; lo que ha pasado es que cuando se ha dado la batalla al Gobierno y cuando se ha asaltado el Poder público revolucionariamente, crimi-

nalmente, he defendido el Poder público y el orden público.

No es más que eso; esos son los hechos. ¡Pero si yo en mi último discurso decía todo lo contrario y estaba razonando sobre la situación de octubre, y en el curso de aquel razonamiento vine a decir que para cosa tal no se forma un Gobierno conservador ni es esa la misión del partido conservador! De manera que hay que descartar ese artificio. No discuto la buena fe de S. S.; es una ofuscación que nace de que sus señorías, como muchas gentes políticas, se empeñan en tomar por moneda las fichas, y cuando circulan una porción de patrañas de unos en otros periódicos, las hacen realidades para su espíritu, y ya no se acuerdan de que no lo son. (El Sr. Azcárate pide la palabra). Porque de otro modo, ¿cómo había de decir el Sr. Azcárate que yo he maltratado a su señoría? En primer lugar, para los que tengan memoria no deja de tener gracia que sea yo el maltratador, viniendo el reproche de aquellos bancos. (Señalando a los bancos republicanos.) ¿Soy yo el que maltrata?

Pero, además, si en cuanto dejamos a un lado ficciones, tendremos que reconocer que toda la clave consiste en una cosa que nunca ponéis vosotros a la luz, estaremos de acuerdo en un minuto, porque yo, en suma, palabras y obras, significo una cosa, significo ser más partidario (diré tanto, para que nadie entable tercería), tan partidario y tan respetuoso de la ciudadanía como quien más, recorriendo todas las filas de la política española; sólo que yo no confundo la ciudadanía con la delincuencia, ni la libertad con la impunidad de los delitos, y en cuanto vosotros no juguéis con el doble concepto de las izquierdas y de las facciones, en cuanto os acojáis a las leyes y abominéis, como yo, del delito político, estaremos tan conformes, que creo que muchos tendrán que correrse hacia la izquierda, para venir adonde estoy yo (Aplausos.)

Las preguntas de Lerroux.

El Sr. Lerroux decía, con muchísima razón, que tenía derecho a que fueran contestadas sus preguntas, aquellas dos preguntas que concretamente me dirigió porque claro es que no voy a recoger punto por punto su discurso. ¡Pero preguntarme el Sr. Lerroux a estas horas qué creo yo que se debe hacer, o qué haría yo, gobernando, en Marruecos!... Pues ¿de qué sirve haber hablado hora y media? ¿No he explicado yo en hora y media todo mi concepto sobre la política de Marruecos? Lo cual estando en el «Diario de las Sesiones», creo que no puede S. S. verterlo a aquella fórmula que tuvo a bien expresar; porque lo que yo dije no fué eso.

Lo que yo dije, que por algo no lo expresé en un minuto de tiempo, puede sentetizarse en pocas palabras. He dicho primero, cuál es el concepto que yo tengo del protectorado y del interés de España en Ma-

rruecos; segundo, la distancia que hay entre ese concepto y la realidad de la política que se viene siguiendo; tercero, que se debe evolucionar de lo uno a lo otro, con todas las dificultades que ya se han creado para la evolución, y luego que esa evolución era una obra de gobierno, para la cual había que dejar al Gobierno entera libertad, sin fijarle tiempo, ni condición, sino con toda la responsabilidad de su iniciativa. Y estando eso en el «Diario de las Sesiones», ¿qué me pregunta S. S.?

La otra pregunta es que si yo, en idéntico caso de 1909 repetiría la conducta del partido conservador. Pero ¿qué, ¿se gobierna con «fazañas» y albedríos? Hay un criterio de gobierno, norma de conducta, generador de los actos, aplicable a la diversidad de las circunstancias de los casos. Yo he dicho que ese criterio lo mantengo y lo mantendré mientras lo crea justo, como ahora sigo creyéndolo, y no he hecho en este punto, en absoluto, ninguna rectificación. Eso he dicho. ¡Los casos! Insensato sería quien en la órbita de la libertad, del albedrío y de la responsabilidad de los hombres, anticipase fórmulas con las cuales es absolutamente imposible que coincida la realidad. (Muy bien.)

Por cierto que, con ser tan cariñoso para conmigo mi amigo el señor Mella, tengo que quejarme de su señoría, de que me dijese que el año 1909 no es un programa. Pero ¿cuándo me ha oído a mí su señoría semejante cosa, y cuándo he necesitado yo de semejante advertencia? Del año 1909 han estado hablando cuatro años aquellos señores (Señalando a los republicanos) sin acertar a hablar de otra cosa, y olvidando todo lo demás. Del año 1909 he hablado yo sólo como fecha determinante de una mudanza en las relaciones del partido liberal con el partido conservador.

De modo que vea el Sr. Vázquez de Mella cómo no era el que me atribuyó el sentido de mis palabras y mis actos.

Y ya que estoy hablando del señor Mella con quien, para lo que a mí me importa aclarar, coincide el Sr. Cambó, tengo que decir que yo creo que la misión que trae a la tierra todo hombre, desde el Rey hasta el último mendigo, aun cuando no son iguales deberes los de todos, es la de cumplir con su deber, y no es poco esforzarse por reconocer el propio. Sencillamente se trata de eso.

El apostolado en política.

Se me invita por el Sr. Cambó y por el Sr. Vázquez de Mella, en términos diferentes, a optar entre el apostolado y la intervención en la gobernación de mi país. Yo no entiendo el distinguo, porque en política no acierto a imaginar un apostolado que no se encamine a gobernar y que no tenga por hipoteca la obligación de gobernar, con tal que se gobierne con arreglo a lo que se ha estado sosteniendo ante la opinión; pero yo, además, creo que el apostolado se hace por los actos de go-

bierno, que son muchísimo más eficaces, por insignificantes que ellos sean. que todos los discursos y todos los programas, como está demostrando la experiencia.

Así se explican éstas y tantas otras disconformidades que me separan de personas del clarísimo entendimiento de Sr. Cambó. Cuando se levanta a hablar S. S. nunca acierto yo a comprender por qué cuadrante aparecerá respecto de mi propio convencimiento, y es que S. S. tiene un observatorio totalmente diverso del mío, porque S. S. es hace tiempo, y lo es con toda la intensidad de su gran poder mental, el jefe de un partido local y representante de una causa local y yo tengo dicho hace muchísimos años, y cada vez lo pienso con más firmeza, que un partido local en este régimen y con esta Constitución es una entidad morbosa, que para ella y para el bien público es y será siempre nociva, y por eso extravía y frustra, una gran parte de las cualidades excelsas que tiene S. S. (Muy bien.)

Porque nos hallamos en situación tan diversa, cuando me parece imposible que no estemos de acuerdo, halló a S. S. en los antípodas, y por eso no me extraña que S. S. en tantas cosas se declare no convencido con mis razones, que son demasiadas para que, si tuviéramos la analogía en el modo de considerar los problemas, estuviéramos conformes, puesto que yo no pongo en duda, ¿cómo lo había de poner?, el buen propósito y la recta intención con que formula S. S. esos juicios.

Canteras para programas.

Programas, canteras para programas. Ya de esto ha hablado elocuente y oportunísimamente, el presidente del Consejo de ministros; pero yo tengo que decir que cuando oía hablar al Sr. Cambó de cuáles son los programas que tienen virtualidad bastante para conmover a las muchedumbres y agrupar grandes masas sociales, parecía que retoñaba en labios de S. S. un error, del cual he sido testigo en muchas manifestaciones suyas durante mi vida política. Yo creo que los programas no se pueden formar con ese criterio. Yo creo que es una inmensa culpa incluir en un programa un lema, porque el lema sea atractivo; yo creo que los lemas de los programas deben proceder del convencimiento, de la oportunidad de una medida, de una reforma, y si no hay adeptos, y si no hay fuerza, no se realizan. Es lo que me viene aconteciendo a mí.

Se realizan cuando se puede; pero mientras tanto, el hombre político debe mantenerse fiel a sus convicciones. (El Sr. CAMBO hace signos negativos.) Veo que hace signos negativos el Sr. Cambó; sin duda entendí mal a su señoría. (El señor CAMBO: Una cosa, Sr. Maura, es un programa de partido, y otra es un programa de gobierno; yo habla de programa de partido, y su señoría habla de programa de Gobierno.) Perfectamente, pues con la

aclaración veo que hice bien en hacer notar al claro entendimiento de su señoría la imposibilidad de separar el partido y el Gobierno; porque el partido político que agita la opinión y no la conduce a realizar por medio del poder público, no es más que un agitador, un... una... calamidad pública. (Risas.)

Pero, ¿para qué hablo yo de eso? Si yo no estoy buscando ningún programa. ¡Si yo no he variado mi programa ni mi significación! ¿Quién me ha oído palabras de alterar mi significación? Mi programa de gobierno -y digo mío, porque ahora no quiero hablar sino de mí, no por vanagloria, el programa del partido conservador cuando yo estaba a su frente, el programa del Gobierno tal cual acaba de definirlo el presidente del Consejo de ministros, mi personal programa, la significación mía, Sr. Cambó (se lo decía el señor presidente del Consejo) ha pasado por las dos canteras y ha precedido al tiempo en que era posible realizar sus aspiraciones, lo mismo en uno que en otro orden, porque en la legislación que tiene por objeto dar estado jurídico a la evolución social, el partido conservador ha precedido al estado de opinión, como decía elocuentemente el señor presidente del Consejo de ministros, a las necesidades y al estado general de la nación española.

Y en cuanto al regionalismo, si su señoría se cura de un achaque, de hacer una abstracción descomponiendo el complejo humano de todo problema político; si su señoría se cura de lo que, por el carácter local del partido que dirige, obscurece su visión de todos los problemas nacionales, verá que en el proyecto de ley de Administración local, que en el intento de la reforma local y en su sentido está todo, todo, todo el regionalismo posible, el más extremo concepto de las posibilidades.

Nosotros durante diez años (no hablo de los anteriores, porque no tengo el derecho de participar en sus glorias, porque yo entonces no estaba en el partido conservador, no porque en lo más mínimo quiera obscurecer su brillo), hemos persistido en la significación política, hemos definido con obras más que con palabras esta significación, y ella debe ser clara cuando acontece lo que recordaba esta tarde el Sr. Urzáiz, y es que llevo cuatro años callando, y nadie duda de lo que yo significo, y la prueba de que nadie lo duda es que unos me vituperan y otros me enaltecen; es que en el curso de este debate, nadie tiene que pedirme explicaciones ni aclaraciones, aunque unos opinen en pro y otros en contra; si se quiere, todos en contra. Ese es un programa de apostolado y de gobierno, y si no estuviere encaminado a realizarlo gobernando, no sería una cosa ni otra; no sería más que hablar por hablar. Esa es mi doctrina.

Y voy a terminar abordando el tema de la crisis y de la unidad de las fuerzas conservadoras, que ha tratado el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

La significación política de Maura

El Sr. PRESIDENTE: Transcurridas las horas reglamentarias, se va a preguntar a la Cámara si acuerda prorrogar la sesión por menos de dos horas.

Hecha la correspondiente pregunta por el Sr. Secretario, Moral, el Congreso así lo acordó.

El Sr. PRESIDENTE: Puede continuar S. S.

El Sr. MAURA Y MONTANER: Quiero subsanar un olvido del cual me advierte la presencia de los señores diputados que se sientan en estos bancos.

Olvidaba contestar a lo que el señor Senante y el Sr. Vázquez de Mella me decían a propósito de mi significación política. Es una historia antigua; la hemos discutido varias veces y no he de volver sobre ella.

Pero yo os invito a que penséis que siempre que habláis, siempre que discurrís con la elocuencia con que os hemos visto razonar delante de nosotros días atrás, estáis hablando como si en España no existieseis sino vosotros, y olvidáis que la Constitución de 1876 es un armisticio, que la Constitución de 1876 es una transacción y que el partido conservador, no sólo porque la hizo, sino porque aun habiendo venido a la existencia política después de la Constitución, y sin tener con ella parentesco alguno no se habría hallado sino en la vertiente de las aguas, en la línea fronteriza, en el avance extremo, en contacto con las izquierdas gubernamentales, y vosotros sois árbitros de mantener vuestras significaciones respectivas, desplegadas vuestras banderas, formadas vuestras huestes activas, vuestra propaganda, vosotros sabréis; pero tenéis la obligación de prestar a los Gobiernos conservadores y a las significaciones conservadoras toda la asistencia necesaria para contrarrestar el apoyo que desde la extrema izquierda se presta al partido liberal. Y por no hacer esto, por olvidar esto, sucede muy a menudo que lo que yo creo que es en la insignificante minoría en cuanto a la cantidad, no lo digo en son despectivo, sino como medida de fuerza, en cantidad, siendo una gran minoría, prevalece.

El Sr. Azcárate no podía lograr su deseo, satisfacer su necesidad de que yo sea el reaccionario que da la batalla a la revolución, una pieza de su ajedrez, más que diciendo: «Sí, el Sr. Maura hizo llamamientos a las derechas desde el banco azul». Por eso supongo yo que le parecerá lo que estoy diciendo ahora una gran herejía al Sr. Azcárate; S. S., en suma, lo que pretende es que la marcha de la política española se realice como si no existieran las derechas. (El Sr. Azcárate hace signos negativos.) ¡Ah!, no, no; lo que hay es que S. S. no lo advierte, pero es lo que dice y lo que hace; porque su señoría encuentra muy bien y lo proclama a todas horas, y hasta se enoja de que se aplique a esto alguna crítica en la medida, en la forma o en la expresión, que las izquierdas todas apoyen a los Gobiernos li-

berales y al partido liberal, y no advierte que lo que censura en mí es lo que está haciendo S. S., y que la misión del partido liberal y del conservador, mientras no se haya llegado, que, desgraciadamente, bien lejos está, a la conformidad de todos en una Constitución y en el derecho común político, es idéntica en uno y otro sentido, y de la propia manera que yo reprocho al partido liberal que no afirme con suficiente vigor y con suficiente exclusivismo su propio programa, excluyendo los programas que no son suyos, que vienen de la izquierda, de la propia manera, y por igual razón me vuelvo a vosotros, señores de la derecha, y tengo que deciros que desertaría el partido conservador de su puesto si no fuese él lo que es: un partido constitucional—lo he dicho yo siempre,—que defiende la Constitución en su entera, íntegra y leal interpretación, mientras no estemos de acuerdo todos para reformarla, porque yo no digo que la Constitución y sus instituciones parlamentarias, y otras muchas, no puedan ser revisadas y enmendadas por el transcurso del tiempo; digo que eso no lo podemos hacer S. S. ni yo, sino que esa sería una obra en que tendríamos que concurrir todos.

Por de pronto, la Constitución de 1876 significa una zona templada, la única donde se cosechan frutos de paz, donde se han cosechado frutos de paz durante muchos decenios. (Muy bien).

La unidad de las fuerzas conservadoras

Subsanado este olvido, aunque sumariamente, vuelvo a mi tema, en el cual interesa mucho la claridad, porque éste es un pleito entregado a la opinión pública. Cuando yo iba a hablar de la unidad de las fuerzas conservadoras, me pregunto si habrá alguien que piense que se dirija a mí, o alguien que crea que el que habla se dirige a mí. Por si acaso vamos a poner las cosas en su punto.

¿Unidad de las fuerzas conservadoras a mí? Pues ¿cómo fui yo jefe del partido conservador? ¿Acaso acaudillando algún bando contra otro bando? El origen del honroso encargo que me dió el partido conservador de dirigirle, ¿fue ese? Fui llamado por la unanimidad del partido conservador, y no estuve en él sino en esa unanimidad. No hesido nunca en el partido conservador más que un miembro de esa unanimidad. Estuve diez años al frente del partido conservador. ¿Tardó mucho en borrarse la procedencia de los que habían venido conmigo? ¿Os acordáis de que durase mucho el recuerdo de los que habían venido conmigo al partido conservador?

No dependía de mí solo; pero era yo, al fin y al cabo, un factor importante para el caso. Hubo alguna excisión, alguna división en el partido conservador, salvo casos individuales, que en una colectividad numerosa son inevitables y no significan la excisión de un partido? Llegó el mes de Enero de 1912, y, en efecto,

yo entendí que, puesto que planteaba el consabido dilema y vinculaba mi acceso al Gobierno a una determinada política, yo tenía que plantear al partido conservador la cuestión de confianza. ¿Cómo lo hice? ¿Lo hice diciendo «yo opino esto, y el que opine lo contrario que lo diga y nos separaremos? ¿Hice yo esto? No. Lo que hice fué plantear la cuestión en aquella nota, y juntamente con la publicación de la nota, entregué mi dimisión, incluso la renuncia del acta de diputado, y me marché de Madrid y no intervine siquiera en las conversaciones que precedieron a aquellas reuniones y deliberaciones.

Por cierto que como yo había renunciado al acta de diputado sin consultar con nadie para extremar la abstención mía y entregar íntegra la libertad al partido a quien sometía la cuestión, las renunciaciones que vinieron a mí no se cursaron; llegaron aquí las que no pasaron por mi mano, y de eso hay testigos, tantos como vinieron a mí. ¡Naturalmente, como que no se trataba de otra cosa que de haber interpretado mal el sentido de mi renuncia, que no era sino ese! Ahora venimos a averiguar que las palabras no son palabras, los votos no son votos, los documentos no son documentos y las unanimidades no son unanimidades. ¡Enhorabuena! Yo creía lo contrario porque si yo hubiese sospechado lo que oí esta tarde no habría vuelto a encargarme de la jefatura del partido conservador. (Rumores).

Y más de lo que hice no se puede hacer, porque yo planteé en Enero la misma cuestión de Octubre último, esa misma cuestión idéntica, y la entregué al partido, y el partido con todas las apariencias hasta ahora conocidas de unanimidad, me obligó a volver a tomar la jefatura, y la tomé, haciendo constar que las cosas quedaban como estaban, y lo decía así en la carta en que tornaba a encargarme de la jefatura. Pero vino un debate parlamentario cuatro meses después, se planteó la misma cuestión, y la unanimidad persistió. La unanimidad. Porque la unanimidad no consiste en que pueda el entendimiento de algunos discurrir en divergencia con otros; la unanimidad consiste en el acto voluntario de aceptar una política, adherirse a ella y decir al jefe que dispone de la confianza para realizarla. Esa es la unanimidad, y esa subsistió en el debate, y por eso permanecí yo al frente del partido conservador, que nunca habría permanecido para estar al frente de unos contra otros, y cuantas veces fué necesario aboné mi convencimiento con las obras y con las palabras.

El momento de la crisis.

Y llegó la crisis de Octubre, y en la crisis de Octubre yo no hice otra cosa que persistir en aquello que todos los exministros sabían, que era muy anterior a Enero de 1913; pero, en fin, que había tomado forma externa, pública, oficial en Enero de 1913, y en la crisis no hice más que persistir.

Yo no censuro; yo no he juzgado

todavía nunca, no sé cuándo podré juzgar conductas ajenas; no hay un texto, ni aun en la intimidad, sobre juicios míos de conductas ajenas; pero los hechos hay que dárselos como son a la opinión pública; de eso trato. He oído decir, he leído muchas veces tantas cosas he oído callando!, que yo había dimitido, que yo había renunciado (muchos me lo censuran) la jefatura del partido conservador. Yo no quiero vestirme con plumas ajenas; no hay tal cosa. Yo fui suprimido de jefe del partido conservador. (Rumores.) ¡Ah, eso es indudable! Vamos a examinarlo, porque hablamos ante una nación de varones, y hay que decirle la verdad clara y sencilla.

Yo me encontré con todo lo que aconteció, de mi parte, en lo que a mí me atañe, en la crisis de Octubre, que todo lo referí en mi discurso, y claro es que lo mantengo y no necesito insistir en ello. Y digo yo: ¿De quién iba yo a ser jefe? ¿Iba a ser jefe de los que hacían precisamente todo lo contrario de aquello que cuatro años había estado yo preparando y anunciando y ellos aprobando; de los que ponían un suplemento a mi prudencia, a mi patriotismo y a mi amor al Rey? ¿A esos les iba a dirigir? No. Era un escarnio llamarme jefe. Podía haber dicho a los demás: los que queráis, venid conmigo, Pero entonces era yo quien dividía el partido conservador, y yo no quería intervenir en la división del partido conservador; os dejaba íntegra la responsabilidad. Porque yo había anunciado que preveía la división, y no quería tomar parte en ella, y no he tomado parte ninguna, ni la tomo. Porque, ya lo dije en mi discurso, salir de la cámara regia y ausentarme de Madrid, fué todo uno, para no intervenir, ni poco ni mucho. Y desde entonces acá, ni para la defensa he salido de mi posición; no hay un senador, ni un diputado ni un candidato que me haya oído a mí un consejo, una indicación; yo no he hecho ni he dicho nada durante esos meses.

Maura no es responsable de la división del partido.

Vine aquí y pronuncié mi discurso. ¿Qué había yo de hacer en mi discurso sino decir lo que creo es la verdad? Pero yo no vine aquí a plantear dificultades, ni he agrupado diputados, ni he hecho nada semejante; no he hecho más que cumplir mi deber de dar cuenta a mi país de mi intervención en la crisis y de mi actuación política. No he hecho más, ni hago más.

Que no podía apoyar al Gobierno, me parece que se ha desprendido con claridad tal, que nunca lo ignoró el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Que no le iba a combatir; ¿para qué hablar del anuncio, si está en la realidad? Yo no le he combatido. El Gobierno se ha encontrado delante de la opinión pública, y se encuentra delante de la opinión pública, hace lo que tiene por conveniente, y yo respeto su acción y me callo; me callo, salvo en lo que

tenía que decir aquí, y hablaré hasta que me parezca oportuno hablar y actuar: pero hasta ahora no he actuado (Rumores), al punto de que en mi discurso, que es la primera vez que he roto el silencio desde entonces, los señores diputados lo habrán advertido, he omitido toda frase, todo concepto que se dirigiese a mis amigos antiguos en el partido conservador; yo no he dicho una palabra a la mayoría, ni a nadie de la mayoría. He discutido con el presidente del Consejo de ministros, porque era menester discutir con él, razonando sobre mi intervención en la crisis, sobre mi actuación política; pero nadie me ha oído a mí, en el discurso ni fuera del discurso, intento ninguno de influir en la conducta de los demás.

¿Cabe mayor abstención? ¿Cabe desde el principio hasta el fin una irresponsabilidad más absoluta en cuanto ocurre, o haya ocurrido, o pueda ocurrir con la unidad del partido conservador?

A mí, después de estos actos no se me puede hablar de la unidad de las fuerzas conservadoras, porque el que hable de eso no hace más que glosar aquello que es, no la inspiración, sino la realidad de todos mis actos, llevada al extremo capital de eliminarme dos veces, dos veces, antes de poner en peligro esa unidad. Y eso de suprimirse instantáneamente no es una cosa tan sencilla, una cosa tan insignificante que no baste para dar testimonio de una convicción. De manera que yo, desde antes, desde mucho antes, desde siempre, me considero la personificación de la unidad de las fuerzas conservadoras, que yo no tengo otra substancia que la unidad de las fuerzas conservadoras, ni yo admito que a mí me predique nadie la unidad de las fuerzas conservadoras, porque soy yo, vivo, toda la predicación.

Yo no me he movido de mi sitio, no he variado mi significación, no la he comentado siquiera, yo soy idéntico al que era hace un año, hace dos años; por lo tanto, cada cual procederá con recta intención y tendrá mi respeto; cada cual hará lo que tenga por conveniente; no hablo de ahora; en el curso del desenvolvimiento de la política: lo que no podrá suceder es que el que se siente un día lejos de mí, diga que está lejos de mí porque yo le he abandonado. (Aplausos.)

¿Por qué Miró, diputado republicano, ha callado en el Congreso el contenido de las cuartillas que entregó a Burell, y por qué éste no las leyó como debió haber hecho siquiera por hidalguía, ya que, según parece, en ellas se demostraba una vez más, que Ferrer fué bien fusilado?

¿Cuánta cobardía y cuánta indigna confabulación!

RICARDO NIÑO DENTISTA

Exayudante del Dr. Highlands

Plaza de la Libertad, 10-Salamanca.

Maura y la Prensa

La alegría de los diarios del «trust»

Nos abstenemos de publicar recorte alguno de los diarios del «trust». Nuestros lectores están ya acostumbrados a saber cuál es el criterio de esta empresa.

El Liberal, El Imparcial y Heraldo de Madrid, han puesto al discurso del señor Maura los mismos apasionados comentarios de siempre perocargando la mano en la saña y en el odio con que vienen persiguiendo al político insigne.

La actitud del «trust» con Maura es algo despreciable; que ha de sublevar la conciencia nacional.

Nosotros reputamos esta actitud como algo que deshonra, no ya sólo a la entidad mercantil que lo sostiene, sino al pueblo, que pacientemente lo tolera.

El «trust» pasa por todo con tal que no gobierne Maura.

Las vaciedades de Dato le parecen signos de un gran estadista... Ugarte, sí. La Cierva, sí. Sánchez Guerra, sí. La política del hampa, sí. La guerra de Marruecos, sí. El desastre de España, sí; todo antes que gobierne un político que ha sido reconocido por la Cámara entera y por la nación, como un hombre bueno, probo, recto y demócrata.

Un prestigio nacional de esta altura es preciso anularlo, porque así conviene a los intereses editoriales; frente a estas iniquidades, seguro que se alzarán la nación entera.

Santas y benditas hostilidades llamaba Maura a las que se oponen a su política; santas y benditas hostilidades hemos de llamarlas nosotros, porque tan enorme injusticia levantará a este pueblo hidalgo, que arrastrará seguramente, al ímpetu de su fuerza toda esa España reaccionaria y mezquina, incapaz de altos y nobles ideales, que ha deshonrado a nuestro país, trayéndole a este estado de triste decadencia nacional.

La futura grandeza de nuestra política se basará sobre esta enorme injusticia, patrocinada por el «trust».

LA MAÑANA

Capítulo de indignidades.

Terminó ayer, ¡por fin!, el debate político. Los oradores que han intervenido en esta última jornada definieron perfectamente sus actitudes. Las consecuencias son fáciles de deducir. El resultado fué deplorable: para unos, triste; para otros, deshonroso.

El camino que Maura se señaló en su discurso, claro y recto, responde por modo fiel a su historia. A nadie defraudó. Está donde estaba; es quien era. Sus palabras acusaron de nuevo su firmeza; su conducta le mostró otra vez enérgico e inflexible.

Maura es un ejemplo digno. ¿Se equivoca? ¿Acierta? No tratamos de esc: decimos que su enseñanza nos consuela. Rodean la vida política

ca española apocamientos, falsedades y ficciones; presenciaremos espectáculos de audacias insufribles; asistimos a una crisis aguda del decoro y la energía. En medio del reinado de la debilidad y de la farsa, Maura sostiene pujante la consistencia férrea de su credo. Es una excepción. Es el triunfo de una voluntad robusta en plena bancarrota de altruismos y prestigios.

El presidente del Consejo estuvo torpe. Con su inhabilidad precipitó las cosas y acentuó la ruptura. El señor Maura había ya cortado las amarras. Hizo algo peor: puso el estigma en la frente de los idóneos.

Desde ayer, la incógnita, si la hubo, queda a pleno sol. El Gobierno está a merced de su propia impotencia y sus vituperables egoísmos.

Antes de confirmar su enemiga al Gabinete sentó Maura estas dos premisas capitales:

Primera. Que hasta ahora no ha hecho más que hablar, sin haber empezado a actuar; que cuando actúe será con el fin de gobernar.

Segunda. Que él es la unidad misma de las fuerzas conservadoras.

Después, como consecuencia suprema, profirió la terrible declaración de guerra:

Yo estoy donde siempre y (me refiero al porvenir) cada cual haga lo que quiera; pero nadie que esté lejos de mí podrá decir que lo está porque yo le haya abandonado.

EL PAIS

Síntesis del discurso de Maura la unidad del partido soy yo; los que no estén a mi lado no es porque los despidiera, sino porque se alejaron de mí, y con relación a la visita a Palacio, que de allí salió «suprimido».

En suma, que rompió las amarras con Dato y la mayoría, y que mantuvo la integridad de la doctrina y norma que le ha costado el alejamiento del Poder.

A B C

A la pregunta del Sr. Lerroux sobre su política futura, contestó que la fecha de 1909 no es para él sino un episodio dentro de una gestión; su criterio siempre es el mismo; pero su proceder, la ejecución de criterio depende de las complejidades e imposiciones de la realidad; ya en su nota al Rey salvó la adaptación de esa política a las circunstancias.

Rechazó en estos términos la significación reaccionaria que le atribuyen los que dicen que representa la batalla contra la revolución: «Cuando no se confundan la ciudadanía con la delincuencia y la libertad con la impunidad, alguien tendrá que correrse hacia la izquierda para que yo no lo desaloje.»

Y, por último, afirmó el Sr. Maura que no se conforma con un apostolado que de nada serviría si no condujese al Gobierno. Aspira a gobernar.

Con el discurso del señor Maura se inicia una fase nueva de la política nacional. Realzada su figura por sus propios enemigos, queda el ilus-

tre estadista frente al Gobierno y frente a la organización oficial conservadora. Se ha consumado la destrucción de un instrumento de gobierno y la proscripción de una política noble y sincera que el Sr. Maura lleva a la calle, al calor de la enorme fuerza social que le sigue. No se ha ofrecido jamás a la ciudadanía una ocasión tan solemne de intervenir para reivindicar principios de justicia y servir ideales patrióticos.

EL UNIVERSO

La acritud de fondo más que de forma en cuanto se refería a sus relaciones con el Sr. Maura y los mauristas, fué signo claro y evidente de que acaso teme la posibilidad de una adhesión cuasi total (en el momento oportuno y en la ocasión propicia) de la mayoría a la persona y a los procedimientos del Sr. Maura.

De todas suertes, el debate del Mensaje, desviado desde luego de su objeto natural, giró siempre alrededor del Sr. Maura, quedando el Gobierno en lugar muy secundario, así para el aplauso como para la censura.

Esta discusión y la votación de ayer, apoyada con el voto de calidad del Sr. La Cierva, dejan al Gobierno en condiciones aceptables para prolongar su labor hasta que lo consientan los hados; pero es innegable que separado de él totalmente el Sr. Maura, queda el Ministerio herido en las fibras vitales de su esencia política y de la significación que ostenta.

El Gobierno puede quitar la razón al Sr. Maura, siendo él mismo maurista, cosa en verdad fácil y haccedera, porque se reduce a cumplir las leyes y a hacer que las cumplan los demás.

Y mientras el Gobierno no desarme al Sr. Maura, siguiendo la política de este insigne hombre público, dejará de ser poco a poco, lo que es, mientras el Sr. Maura tendrá cada día más arraigo en la opinión pública de los que sepan discurrir.

Los últimos debates del Congreso no han sido realmente una discusión política, sino una apoteosis universal del Sr. Maura

Cambó ha afirmado en el Congreso, sin protesta de nadie y sin que haya sido hasta ahora desmentido, «que los republicanos celebraron una reunión acordando no pedir el indulto de Clemente García para no verse obligados a pedir el de Ferrer.»

Tampoco se ha desmentido el que uno de los reunidos se ofreciera a fusilar al mismo Ferrer Guardia.

Sin embargo, se le pone el veto a Maura porque no concedió ese indulto, que nadie quiso pedir y que, por añadidura, fué «el único individuo del Consejo de Ministros que lo votó», y acaso el único español que sintió con miseración.

Y aún está gran parte del pueblo español proclamando o aguantando el veto.

¿Vivimos en un país de imbéciles, o de miserables?...

La votación del Mensaje

Opiniones y comentarios

Terminado el debate, y al ponerse a votación el dictamen de contestación al Mensaje, el Sr. Maura abandonó el salón de sesiones, seguido de los diputados señores conde de Sallent, Mortera, Moral de Calatrava, Gamazo y Andes; marqueses de Figueroa, Ibarra, Santillana y Arlanza, y los Sres. (D. F. M. y don G. M.), Estades, Cuesta (D. B. de la), Salió, Higuero, Delgado Barreto, Socías, Peyra, Montes Jovellar y Mora (D. C.)

En seguida comenzaron a entrar los diputados a votar.

El conde de Romanones repetía a sus amigos las instrucciones dadas de abstenerse en la votación

Los regionalistas se abstuvieron también, y el resultado de la votación fué el de 182 votos en pro contra 80 de las oposiciones.

El subsecretario de Gobernación decía que la votación de ayer era de las más brillantes obtenidas sobre el Mensaje, pues desde la Restauración no se había obtenido mayoría absoluta.

El Sr. Quejana se olvidaba al decir esto de que cuando era uno de los mayores aduladores del Sr. Maura, en 1907, el Congreso se componía de 404 diputados, y votaron 203, constituyendo, por tanto, mayoría absoluta

Terminada la votación, el señor Dato fué muy felicitado por los ministeriales y sus aliados.

En los pasillos la animación era extraordinaria al terminarse la votación

Todos los diputados comentaban, más que el resultado de aquélla, que estaba descontado por el apoyo de los romanonistas, el acto realizado por el señor Maura rompiendo toda relación con el partido conservador.

De los juicios que ayer oímos sobre este asunto recogemos los más importantes:

El señor Lerroux:

—Maura y Dato, cada uno en su punto de vista, han estado muy bien. Maura ha mantenido con su bravura y acometividad habituales, su integridad política y su personalidad seria y honrada. De palabra ha estado artístico y admirable. Dato se ha defendido con habilidad, como gato panza arriba. Maura, en la postura que ha quedado, seguramente se irán con él todas las derechas, a pesar de que no haya sido ese el propósito de Maura.

El señor Vázquez de Mella:

—El discurso de Maura ha destrozado al Gobierno y la situación es inestable. Considero como un completo triunfo de las derechas ese discurso, que es uno de los mejores que ha pronunciado Maura. La situación de éste—añadió—es envidiable, pues su figura política ha llegado a realzarse como no se recuerda le haya ocurrido a ningún otro hombre público.

—El señor Burell: Este es un Gobierno de facciosos, pues constitucio-

nalmente no tiene mayoría. Esta ha debido venir hoy compacta para votar, pues tiene 208 diputados tildados de conservadores, y ya se ha visto cuántos han votado. Si las minorías hubieran estado también compactas, habría quedado derrotado y demostrada la ficción en que se apoya este Gobierno

—El señor Salvatella, hablando ante un grupo de correligionarios, decía:

—En este pleito del partido conservador no cabe la menor duda de que el señor Maura es quien tiene razón y tendrá a su lado a toda la opinión pública.

Uno que estaba en el grupo dijo, refiriéndose a Maura: —Ese hombre, si no es un faro, es un incendio; y como se lance a la calle producirá una verdadera revolución en la opinión del país.

Otro recordaba, comentando el apoyo del señor La Cierva al Gobierno, la actitud de Moret cuando Canalejas le ofreció su concurso condicionado para una votación, y que fué rechazado por Moret.

El señor Villanueva:

—El señor Maura ha sabido mantener su dignidad política, y, en cambio, el Gobierno, y eso que se llama mayoría, se han puesto por debajo de toda dignidad política, que me enseñaron en la Universidad. ¡Qué cosa más lamentable hemos presenciado!

En otro grupo de diputados liberales se decía que, aparte del discurso de Maura, que había sido hermoso en el fondo y en la forma, les parecía muy bien que persista en su actitud, pues así se aleja del Poder.

El marqués de Estella, que había asistido a toda la sesión, decía en un pasillo:

—Salgo disgustado con estas cosas que he visto, porque yo soy amigo de la unión, que es la fuerza, y no dejo de reconocer que Maura tiene razón. Al fin y al cabo estas actitudes pueden traernos disgustos serios.

Preguntado el señor Sánchez de Toca qué le había parecido el discurso del señor Maura, contestó:

—No me ha extrañado cuanto ha dicho, pues ha mantenido la actitud que exteriorizó en la reunión de ex ministros que se celebró en su casa a raíz de constituirse este Gobierno.

Si hubiera hecho cosa distinta, hubiera perdido toda autoridad.

El conde de Romanones decía que él y sus amigos no votarán nunca compactos contra el Gobierno que se hallare en condiciones de caer. Únicamente lo harían en el momento oportuno que se considerara necesaria la vuelta al Poder de los liberales.

Comentando el discurso de Maura decía:

—Eso de que Maura haya citado a Gladstone es una gran infantilidad porque ¡aquí quisiera yo haber visto a Gladstone con esta tropa!

No se recataba en decir el conde que había dado orden al conde de Santa Engracia, secretario liberal de la Cámara, para que no votaran más de cuarenta liberales.

—Decía un diputado independiente:

«He tenido la dicha de presenciar el momento psicológico de la redención de mi Patria. Ayer se libró una letra a seis meses plazo. La opinión la ha aceptado, y será pagada por los «idóneos» con todos los intereses que el pueblo reclama. El banquero, a quien los jefes de su Casa hicieron creer que era un valor fallido, verá cuán peligrosos son para su crédito personal los que tomó a su servicio, depositando en ellos una confianza a la que correspondieron con la más vacía ineptitud.»

Una dimisión.

El señor marqués de Figueroa decía ante varios amigos:

—Ya sé que el otro día, cuando se celebró el mitin en honor de Maura, se comentaba mi ausencia; pero no sabían que ya tenía yo preparada en el bolsillo la dimisión del cargo de consejero de Estado y que aguardaba a que llegara este momento para presentarla como acabo de hacer, enviándosela al presidente del Consejo de ministros.

—Era natural—añadió—que yo no hiciera nada hasta tanto que el señor Maura ratificará su actitud en pleno Parlamento.

Los mauristas se mostraban entusiasmados con el discurso de su jefe, que ha disipado para siempre las dudas y ha deslindado los campos.

(De La Tribuna).

Té VERDADERO JAPONÉS

·MARCA SOUCHONG HANKOW·

Especial para reuniones particulares. Es el mejor conocido y el más económico. Sirve toda clase de pedidos Marciano Zapata, Grillo, 6, único representante en esta plaza.

NOTICIAS

Después de brillantes ejercicios ha obtenido el título de licenciado en Derecho, con la calificación de sobresaliente en esta Universidad, nuestro querido amigo y correligionario D. Pablo Galindez Eguilior, de la juventud maurista de Bilbao.

Damos al nuevo letrado nuestra más cordial enhorabuena.

■

Hemos recibido un atento besalmano de D. Federico Graceli Morais, nuevo administrador principal de Correos de esta ciudad, participándonos haberse posesionado de su cargo y ofreciéndose para todo aquello que pueda redundar en beneficio público y como particular.

Saludamos al nuevo funcionario, dándole las gracias por su cortés ofrecimiento, al que gustosos correspondemos.

■

El día 3 del próximo mes de Julio se celebrará en la villa de Alba de Tormes un banquete popular en

honor del Emmo. Sr. Cardenal Almaraz, Arzobispo de Sevilla e hijo ilustre de esta provincia.

Todas las personas que deseen asistir a dicho acto, se servirán comunicarlo al señor Alcalde de la citada villa o al señor Cura párroco, hasta el 30, inclusive, de este mes.

El precio del cubierto será, cuando más, de seis pesetas.

■

Con esta fecha se ha hecho cargo del acreditado **HOTEL RESTAURANT Y CAFE PASAJE**, don Marcelino Chapado (padre), bajo la razón social de "CHAPADO Y COMPANIA", quedando encargado de la cocina, donde tantas pruebas tiene dadas de su buen servicio.

VENDO

buena dehesa cerca de Estación, en esta provincia, y varias yugadas de tierras en distintos pueblos; tres finquitas de recreo en las afueras de de esta ciudad y varias casas en las afueras y calles más principales.

MANUEL REDERO

PLAZA DEL ANGEL, 28

La Revoltosa

GRAN ZAPATERÍA

■

LA QUE MÁS SURTIDO TIENE Y MÁS BARATO VENDE EN SALAMANCA:

■

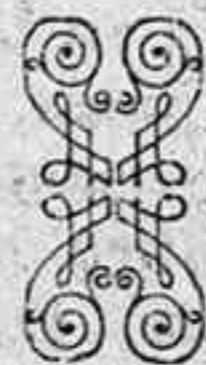
Esta casa se dedica también a la compra de saldos de tejidos, ropas y objetos y los vende a precios baratísimos.

■

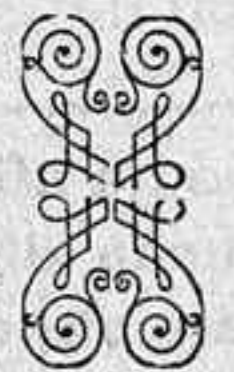
LA REVOLTOSA

Escalerilla de Pinto, 1 y 3

AGUAS AZOADAS



Curación de los catarrros bronquiales, pulmonares, de la garganta y de la nariz. De iguales efectos que las aguas de Panticosa. Se envían folletos y tarjetas a quien los pida.



INHALACIÓN-PULVERIZACIÓN-AGUA EN SIFONES

INHALACIONES MEDICAMENTOSAS

Tratamiento de la Tuberculosis y de la Tos-ferina.

CALLE DE ZAMORA, NUM. 26.—SALAMANCA

La Imperial.-Gran Zapatería

La casa que más barato vende en Salamanca. Precios sin competencia. Inmenso surtido en calzado de todas clases. Especialidad en el de lujo y pisos de goma. Antes de comprar visitar esta casa.

No confundirse: Doctor Riesco, 13 y 15

PELUQUERÍA de MODA

Establecida con arreglo a los últimos adelantos de la higiene en esta materia.

Leonides García

Calle de Zamora, núms. 21 y 22

JUSTO BAJO AVILA

Drogas, artículos fotográficos, perfumería de la nación y extranjera, ortopedia, cirugía, colores, pinturas, barnices, brochas, pinceles, etc., etc.

Almacenes: Avenida de Rodríguez Sampedro, 2, y Plaza de Bretón, 53.

—Despacho y escritorio: San Justo, 2.—Sucursal: Isla de la Rúa, 4. Salamanca.

J. León Arias

CIRUJANO-DENTISTA

Ha trasladado su oficina dental a la calle de la Rúa, número 34, donde ofrece a su clientela todos los servicios de su profesión.

Extracciones, TRES pesetas, aplicando anestésicos.

ENFERMEDADES DE LOS OJOS

Clinica de los doctores ALONSO y SALCEDO

PLAZA DE LA LIBERTAD, 9.—SALAMANCA

CONSULTA DE ONCE A UNA

La más elegante **TORRES**

SASTRERIA de

Confección esmerada, con arreglo a los últimos modelos.

MELLENDEZ, 10

A los enfermos de los ojos

Eusebio Camazón, Médico oculista
Horas de consulta: de once a una y de tres a cinco.

ESPOZ Y MINA, 8

IMPRESA DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado.